

EL CINCUENTENARIO DE LA GENERACION DEL 98

Por MIGUEL PEREZ FERRERO

ESTE año se cumple el cincuentenario de la generación del 98. ¿Qué ha sido esa generación? ¿Cuál su significado? ¿Qué ha querido y pretendido? Hasta 1913 la denominación no se lanzó y sostuvo, y ello se debe a *Azorín*, que lo hizo en cuatro extensos artículos de *A B C* en los días 10, 13, 15 y 18 de febrero. En el último párrafo de su trabajo final de dicha serie se expresaba así:

«... La generación del 98 ama los viejos pueblos y el paisaje; intenta resucitar los poetas primitivos —Berceo, Juan Ruiz, Santillana—; rehabilita a Góngora —uno de cuyos versos sirve de epígrafe a Verlaine, que creía conocer al poeta cordobés—; se declara romántica en el banquete ofrecido a Pío Baroja con motivo de su novela *Camino de perfección*; siente el entusiasmo por Larra y en su honor realiza una peregrinación al cementerio en que está enterrado y lee un discurso ante su tumba y en ella deposita ramos de violetas; se esfuerza, en fin, en acercarse a la realidad y en desarticular el idioma, en agudizarlo, en aportar a él viejas palabras, plásticas palabras, con objeto de aprisionar menuda y fuertemente esa realidad. La generación de 1898, en suma, no ha hecho sino continuar el movimiento ideológico de la generación an-

terior; ha tenido el grito pasional de Echegaray, el espíritu corrosivo de Campoamor y el amor a la realidad de Galdós. Ha tenido todo eso; y la curiosidad mental por lo extranjero y el espectáculo del desastre —fracaso de toda la política española— han avivado su pasión y han puesto en su tendencia una variante que antes no había.»

Todo lo que dice en el breve párrafo que acabamos de transcribir el maestro *Azorín* lo había ido exponiendo y analizando a lo largo de sus cuatro artículos, situando la cuestión en el primero con un planteamiento del problema de entonces —y de todos los tiempos— de los jóvenes y los viejos con referencia a un trabajo de José Ortega y Gasset titulado, en *El Imparcial*, *Competencia*. En el segundo artículo expresaba, entre otras muchas cosas: «Unid el grito de pasión de Echegaray al sentimentalismo salvarino de Campoamor y a la visión de la realidad de Galdós y tendréis los factores de un estado de conciencia que había de encarnar en la generación del 98. Ya antes de esa fecha esas derivaciones de la literatura habían de comenzar a manifestarse en la crítica social. El desastre precipitó la floración revolucionaria; la protesta adquirió caracteres de clamor nacional. Parlamentarios y publicistas lanzaron al viento las más violentas imprecaciones...» El tercer artículo lo consagró a determinar y discriminar los antecedentes que pudiéramos llamar «de espíritu político» del grupo. No olvidó *Azorín* de presentar en aquellos trabajos a los principales miembros o componentes del grupo con las influencias extranjeras que dejaron huella profunda en su formación de españoles literarios. En Unamuno se advertían principalmente las de Ibsen, Tolstoi y Amiel; en Benavente, las de Molière y Musset; en Baroja, las de Dickens, Balzac y Gautier; en Manuel Bueno, las de Stendhal, Brandes y Ruskin; en Maeztu, las de Nietzsche y Spencer; en Rubén Darío, las de Verlaine, Bainville y Víctor Hugo, y en Valle Inclán, las de D'Annunzio y Barbey d'Aurevilly. Por eso, al enfrentarnos siempre con esta generación de escritores que lograron dar a nuestras letras un nuevo poderoso impulso, como lo ha apuntado perfectamente Pedro Laín Entralgo en el vasto volumen

que dedicara al grupo, hallamos que no son los detalles formativos los que les unen, sino un común espíritu, constituido por idénticas esencias.

Hoy, la generación del 98 es un hecho, y un hecho que pertenece a la Historia gloriosa, porque sus hombres son exponentes incommovibles del más alto valor hispánico. Sintieron lo eterno de su patria: el alma, el paisaje, las costumbres y los libros inmortales. Y sintieron también la desgarradura del desastre de la pérdida de nuestras colonias, no a la manera de plañideras, porque no eran boabdiles, sino con rabia, con valentía, con hombría. Fustigaron y, a veces, su celo reformador les llevó, quizás, a no ser justos en determinados extremos, o a exagerar otros, pero su intención de patriotas puede verse y analizarse ahora, serenados por la distancia que va de lo actual a lo histórico, y surgirá palmaria.

Haría falta un muy extenso ensayo sobre la generación del 98 para recoger todos sus aspectos, para fijar bien toda su trascendencia en nuestra vida, y el enorme influjo en las generaciones posteriores, principalmente en los hombres del país dedicados a cualquier estudio. Pero la tarea, de hacerla, no sería sino repetir la ya efectuada por el citado Pedro Laín Entralgo. Y en este momento sólo tratamos de pergeñar una nota conmemorativa, o mejor, de celebrar un cumpleaños, unas bodas de oro. La mayoría de quienes formaron la generación ha muerto, y únicamente quedan tres nombres de primer plano, tres escritores, a los que Dios nos conserve. Son el propio *Azorín*, Pío Baroja y Jacinto Benavente. La lista de los que ya hicieron el postrer viaje es muy extensa. Pero ese grupo continúa viviendo entero, no sólo en los recuerdos puramente literarios, sino en los personales, de anécdota, de muchas gentes. Casi todos los que hemos pasado de la primera juventud conocimos de trato a aquellos maestros, les escuchamos y tuvimos ocasión de aprender en sus conversaciones, como procurábamos aprender en sus obras. ¿Quién, al tener entre sus manos una de las sonatas de Valle Inclán, no se le representa con su larga barba, su brazo único, su capa romántica? ¿Quién no se hace la ilusión de estar oyendo sus palabras, sus fabulosos relatos, que tan fácil y felizmente salían

de sus labios si estaba de humor; sus magníficas lecciones sobre estética? ¿Quién, al posar los ojos en unos versos de Antonio Machado, no le ve «misterioso y silencioso», descuidado de aliño, y tan afable ¡y tan humano!... Y así, los demás: Maeztu, Manuel Bueno, Unamuno, que andaba, con su chaleco cerrado, a pelo y a cuerpo, por el invierno madrileño, y Manuel Machado, pintorero hasta sus días últimos, consciente de su gracia personal, como de su gracia poética.

Efectivamente, en esos escritores no hubo un propósito de unirse en grupo, de formar como un frente y mucho menos de aplicarse como tal «reunión» un denominativo. Fué la realidad, contrastada en el tiempo, gran contrastador de todo, quien les agrupó para el mundo, para las generaciones de después. No les enlazaba coincidencia en las edades, ni unidad de preparación, ni siquiera estrecha amistad. Empero, como hemos señalado anteriormente, la atadura era mucho más fuerte, más sólida, más duradera que todo eso.

La obra de cuantos forman esa generación está dedicada a España y es, por encima de todo, netamente española. Coged cualquier libro de uno de ellos y hallaréis el más profundo sentido de lo español. En *Azorín* hemos aprendido a leer a los clásicos, porque nos llevó de la mano a interesarnos por sus vidas y escritos, porque nos desbrozó el camino y nos abrió la gran puerta de entrada. Los tipos de las novelas de Baroja no despintan su procedencia, no desmienten su psicología. En la prosa de Valle Inclán redobla el tambor de España. Unamuno y Maeztu nos van revelando un orden de ideas que no podría ser otro que el nuestro, y Manuel Bueno, tan atildado, tan elegante en su atuendo como en sus frases, hace de la crónica una espléndida flor de nuestros hermosos jardines.

Los escritores del 98 fueron, ante todo y sobre todo, individualistas y románticos. La extremada independencia de cada cual desconcertó, especialmente cuando se empezó a analizarles y juzgarles, a sus primeros comentaristas, hasta el punto de mostrarse temerosos de afirmar la existencia de una relación, no obstante indis-

cutible, entre ellos. En cuanto a su romanticismo, no se tradujo solamente en gestos, como el de la peregrinación al cementerio donde reposara Larra. Desafiaron, cierto es, siempre que hizo falta, a la masa, a la opinión mediocre, sin ahorrar el ruido e, incluso, el escándalo. Tuvieron, en instantes, ademanes desmesurados; pero en sus interiores, todavía tumultuosos, se advertía una corriente de serenidad que iba a predominar muy pronto, porque eran curiosos insaciables de lectura y merecían el calificado de disertos.

Se aprenden los autores anteriores, los inmediatos y los lejanos. En casi todos, el conocimiento de «clásicos» y «románticos» es profundísimo, y cuando *Azorín* titula así, con las dos palabras, uno de sus libros, resulta del volumen una gran lección de literatura. Acerca de los grandes escritores y poetas del áureo siglo, el pensamiento de Unamuno, de don Ramiro de Maeztu, de Antonio Machado, el impar poeta de Castilla, gira constantemente, para recoger la siembra y devolverla en abono nuevo, fecundo.

Más que unos escritores políticos, son todos los del grupo unos literatos que sienten en la entraña la preocupación por su patria, y que no se despegan de ésta en sus ideas, en sus observaciones, en sus evocaciones, si se hallan viajando o de residencia en el extranjero. España, en sus hombres, en sus costumbres, en sus caminos y en sus campos, la llevan a toda hora en sus retinas y en sus corazones. Les apasiona andar a pie hasta los más recónditos rincones, visitar los lugares «por descubrir», que eran tantos, y así, el lector que jamás sintiera la necesidad de viajar, sabe de sitios de su tierra y su cielo que no sospechaba y que, a través de las descripciones, le cautivan, le ganan para sus paisajes y su ambiente. Como amantes de la Historia, acierta a pintarlos en su libro Pedro Laín Entralgo en su condición de buceadores que no se conforman con el concepto de los historiadores profesionales, ni con el dato muerto que ofrecen los rebuscadores, al uso en aquellos días, de viejos papeles. Ellos reavivan el dormido aliento de los personajes que existieron, y a los que reanima, al ser narrada, la

viva fuerza de lo que realizaron, de lo que amaron o de lo que sufrieron. Alternan, pues, en las atenciones de esos escritores el presente y el pasado, la realidad y la ficción, la doctrina y la poesía.

Se criticó mucho a los componentes de esta generación del 98, en sus días iniciales, cierta intemperancia, cierta violencia, que no escatimaron en muchas ocasiones. Fueron más acres que otros en las horas de los comienzos. Pero aquello era una señal inequívoca del tesoro de ímpetu que anidaban sus inteligencias, sus voluntades y sus corazones: un crédito, que se ha demostrado de sobra que se les podía conceder, para el futuro.

Si la generación del 98 se debió, en parte, como todas, a antecedentes filosóficos y literarios, a lo largo de su prolongada etapa de labor, fué superando aquellos antecedentes; quiere decirse que sobresalió de ellos casi siempre, y llegó a constituir una de las generaciones más fuertes, con más carácter, de nuestra literatura.

Habría observado el lector que en estas sucintas páginas no nos cansamos de repetir la palabra «literatura», y es que, eso sí, hay que determinar bien, remachar bien, que la generación del 98 es esencialmente literaria, pese que quienes forman en ella —quienes en ella formaron— recojan las corrientes sociológicas y mediten y escriban sobre ellas. Incluso en los casos de Unamuno y de Maeztu, escritores y literatos antes que nada. •

Al cumplirse ahora el cincuentenario de esta generación, una de las más poderosas, de las más fecundas, de las que más huella han dejado en los españoles del día, no podemos menos de entonar el loor a aquellos hombres, de los cuales permanecen entre nosotros, sin separarse de la tarea magistral, algunos de sus representantes cimeros. Los años han transcurrido, sucesos desgraciados y afortunados han marcado las alternativas de nuestra patria, y, través de los avatares, el sentido de los escritores del 98, su estética, sus enseñanzas, se han impuesto y han formado otros espíritus nuevos que aspiran a ser sus sucesores y sueñan una labor análoga, empero tan difícil, cuya interrogante se traza en el aire.

En el actual panorama español, las gentes literarias del 98 apa-

recen a nuestros ojos como montañas al fondo de un paisaje de colinas.

Gran generación para quienes la admiten; grupo excepcional para los que todavía, pese a estar en la conciencia de todos, se obstinan en no aplicarle esa denominación y, en último término, afortunada floración de unos valores que patentizan la continuidad y la inmortalidad del espíritu y la cultura de nuestro país.